

La construcción histórica de los paisajes de la dehesa

Rocío Silva Pérez y Víctor Fernández Salinas



La construcción histórica de los paisajes de la dehesa

Rocío Silva Pérez

Departamento de Geografía Humana
Universidad de Sevilla

Víctor Fernández Salinas

Departamento de Geografía Humana
Universidad de Sevilla

RESUMEN. La dehesa es un sistema agrario, forestal y ganadero mediterráneo que se sustenta en un paisaje de notables valores patrimoniales. El conocimiento de las fases de su construcción histórica, con los distintos avatares por los que ha ido pasando en este devenir, es un aspecto básico para un mejor entendimiento de estos valores y para su protección. En este trabajo se presentan las grandes etapas históricas que han conformado la dehesa; por ello, se tratan de forma específica: el origen y papel de la dehesa durante el Antiguo Régimen; la evolución durante la Edad Moderna; la crisis que provoca la desamortización y la llegada de la Revolución Industrial; el impacto del desarrollismo y el inicio de la globalización durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX; y los retos actuales desde los últimos años de ese siglo. El trabajo se cierra con consideraciones sobre las actuales amenazas que se ciernen sobre la dehesa, precisamente cuando se está produciendo su revalorización socio-institucional.

PALABRAS CLAVE. dehesa, paisaje agrario, paisaje cultural, paisaje patrimonial, historia del territorio, patrimonio rural.

ABSTRACT. The dehesa is an agricultural, forestry and livestock Mediterranean system based on a landscape with remarkable heritage values. Knowledge of the phases of its historic building, with different the avatars that has had in this evolution, is a basic look for a better understanding of these values and their protection. This paper presents each of the historical stages which have shaped the dehesa; that is why they are treated in a specific way: the origin and role of the dehesa during the Ancien Régime; the evolution during the Modern Age; the crisis caused by the confiscation and the arrival of the Industrial Revolution; the impact of the desarrollismo and the onset of globalization in the second half of the 20th century; and current challenges since the last years of this century. The work closes with considerations on current threats hanging over the dehesa, just when its socio-institutional appreciation is rising up.

KEYWORDS. dehesa, agricultural landscape, cultural landscape, heritage landscape, history of territory, rural heritage.

La construcción histórica de los paisajes de la dehesa. Aspectos generales

La dehesa es un paisaje que se ha fraguado de manera simbiótica con los territorios en los que se inserta desde hace siglos. Por ello, se ha modificado y readaptado a los distintos momentos históricos y circunstancias socioeconómicas. La dehesa es un sistema de realidades espaciales, materiales e inmateriales, que se caracteriza por su sabiduría y resiliencia ante situaciones adversas. La dehesa abarca una superficie aproximada de 3.500.000 ha y caracteriza el perfil cultural de muchas comarcas del cuadrante suroeste peninsular. Se trata de territorios por lo general pobres en recursos, especialmente debido a lo endeble de sus suelos. Por ello, la dehesa es una prueba excepcional de adaptación y aprovechamiento de recursos y, por ello, es un activo socioeconómico de primer orden y fuente de numerosas expresiones patrimoniales materiales e inmateriales.



Figura 1. Dehesa en Cazalla de la Sierra Sevilla. Fuente: Los autores.

La gran extensión de la dehesa es precisamente una de sus características más potentes. Abarca toda la comunidad autónoma de Extremadura (1.237.000 ha), de la que se convierte en auténtico símbolo y expresión de su paisaje. En Andalucía se acerca al millón de hectáreas (946.482 ha) y se ciñe fundamentalmente a la unidad morfoestructural de la vertiente sur de Sierra Morena; no obstante, también aparece en otras comarcas de esta comunidad, como es el caso de la serranía de Ronda y en La Janda. Castilla-La Mancha también posee amplias extensiones de dehesas (751.554 ha), más potentes cuanto más al oeste y más al sur (Montes de Toledo, Sierra Morena castellano-manchega, valle de Alcudia, etcétera).

En otras comunidades españolas, la dehesa aparece con menor extensión; aunque no dejan de ser poco relevantes las castellano-leonesas (467.759 ha), que son muy significativas en la provincia de Salamanca (Campo Charro, entorno de Ciudad Rodrigo, Guijuelo, etcétera). La Comunidad de Madrid (113.051 ha) es la única, aparte de las citadas, que supera las 100.000 ha. En el resto de regiones su presencia es poco significativa, aunque el topónimo *dehesa* aparece prácticamente en todas ellas.

Se ha señalado que la dehesa es el resultado de la adaptación humana a lo largo de los siglos a un medio natural pobre e, incluso, hostil. No es casualidad que los territorios de las dehesas proporcionen algunas de las densidades de población más bajas del país. Su referente geomorfológico es la España silíceo, en la que predominan los suelos muy antiguos, plegados hace 570 millones de años en la etapa de la orogenia herciniana. Más tarde, en el Mesozoico, fueron alterados y arrasados por la erosión. Posteriormente, las fuerzas de la orogenia alpina, durante el terciario, rejuvenecieron el relieve por sobre excavación en los antiguos materiales intensamente tensionados y fracturados en aquel período. El resultado morfológico actual es el de una gran penillanura (denominada estable en el norte peninsular e inestable en los espacios en los que abunda la dehesa) cuyos materiales más abundantes son los que vienen determinados por las plataformas cuarcíticas, pizarrosas y graníticas. Todas ellas proporcionan suelos endeble, de muy escasa profundidad y, por lo tanto, muy poco apropiados para las actividades agrícolas y que se han especializado en usos relacionados con la explotación forestal y ganadera. En Andalucía, y especialmente en comarcas como La Janda, el Campo de Gibraltar o las serranías de Cádiz y Ronda, el sistema de la dehesa también aparece sobre terrenos de carácter calizo, mucho más jóvenes y de composición litológica bien distinta. No obstante, también en estas comarcas existen condicionantes físicos que generan limitaciones muy serias al uso agrario (comarcas en las que el viento posee una fuerte incidencia o terrenos también muy pobres).

Otro aspecto que homogeneiza las comarcas de la dehesa es un clima que, con sus variantes, se corresponde con unas características mediterráneas de interior, con veranos largos y calurosos, e inviernos por lo general suaves pero con períodos de frío intenso, lo que ocasiona abundantes heladas. Las lluvias, más abundantes en el otoño y primavera, ofrecen valores medios en el invierno y un estiaje muy prolongado.

La gran homogeneidad climática y morfológica que acompaña a la dehesa proyecta una imagen que tiende a la monotonía, aunque hay que exceptuar aquellas que se ubican sobre calizas marmóreas, amén de los relieves más movidos que presentan los restos morfológicos apalachenses más fracturados y con relieves más movidos.

Figura 2. Dehesas de penillanura desde la sierra de Santa Eufemia (Córdoba)
Fuente: Los autores.



En ellos, aparecen rasgos diferenciadores que obedecen a los pliegues rotos por sus dovelas superiores; los restos de capas erguidas como consecuencia de la orogenia alpina (Sierra Morena, Sistema Central, Montes de Toledo); y, a su vez, los amplios valles generados por fosas tectónicas que se rellenan tras este episodio tectónico (cuencas del Duero, del Tajo, del Guadiana y sus afluentes). Estos ríos han excavado en determinadas zonas lechos profundos y con cursos fluviales muy encajados; son así frecuentes las hoces y arribes con contrastes muy potentes, grandes desniveles y terrenos adhesados que ofrecen paisajes muy singulares.



Figura 3. Dehesas en las colinas próximas a Zufre (Huelva) Fuente: Los autores.

En relación con los aspectos naturales de los territorios de la dehesa vistos, se pueden diferenciar diferentes tipos: dehesas sobre relieves apalachenses, gastados y con formas suaves y alomadas, aunque con ámbitos de relieve abrupto y ríos encajados; dehesas de penillanura, que abarcan amplias extensiones de terreno y que proyectan una imagen uniforme y abierta; y dehesas de alcornocales, allí donde la humedad permite el ámbito climático que requieren estos árboles y que suelen presentar suelos de componente ácida y material arenoso. Estas últimas no son dehesas que cubran grandes extensiones, en total se desarrollan sobre unas 190.000 ha, y pocas veces se puede hablar de ellas como de dehesas monoespecíficas. Las excepciones son aquellas en las que las citadas condiciones bioclimáticas se extienden por territorios amplios. Es el caso de Los Alcornocales (Cádiz), en el que el alcornoque es el principal protagonista, imprimiendo su huella no solo al paisaje, sino a la cultura de toda una comarca.

El uso tradicional de la dehesa ha servido, fundamentalmente, para el autoconsumo de sus poblaciones. Se trata de colectivos que, además de haber elaborado el complejo sistema de gestión de este paisaje, tenían una movilidad de pequeño radio, por lo que el modelo de poblamiento se adapta a estas circunstancias. Con un sistema productivo poco generoso, las densidades de población son también bajas, pero en ningún caso se puede identificar el territorio de la dehesa con un desierto. Se trata de ámbitos que se explican fundamentalmente por los procesos históricos que los determinaron; así, en Castilla-La Mancha y Extremadura, poseen ciudades de tamaño medio y que fueron mercados que, más allá de sus ámbitos comarcales y en virtud también de una mayor diversidad funcional, alcanzaron zonas de influencia relativamente amplias. Es el caso de Zafra, Fregenal de la Sierra, Trujillo, Plasencia, etcétera.

Algunas de ellas, incluso, superan en la actualidad los 50.000 habitantes: Badajoz, Mérida, Cáceres, entre otras. En Andalucía, en cambio, las poblaciones poseen un rango poblacional inferior y con un ámbito de influencia más reducido, entre otras razones porque existían ciudades muy potentes cercanas que catalizaron las actividades y la atracción demográfica (Córdoba, Andújar, Montoro, etcétera).

Estas diferencias en el rango poblacional, y otras que atañen a los distintos y variados sistemas agrícolas en las cercanías de estos núcleos, condicionan también diferentes fórmulas de poblamiento. Así, se pueden diferenciar las *dehesas de ruedo*, en las que estas llegan hasta el mismo borde urbano; y *dehesas de trasruedo*, en las que, entre las dehesas y las poblaciones, se genera una franja de campos de cereal, olivares, huertos, viñas, etcétera. En algunos casos, sobre todo en aquellos próximos a las ciudades mayores (Badajoz, Talavera la Real o Cáceres, por ejemplo), se puede hablar de *dehesas periurbanizadas*, en las que los usos de segunda residencia, polígonos industriales y otras instalaciones (deportivas, saneamiento, etcétera) rompen con su esquema tradicional de uso.

El origen de la dehesa y sus características durante el Antiguo Régimen

Ya se ha señalado que la dehesa es un sistema agrosilvopastoril antiguo y de gran complejidad. Su esquema fisonómico se crea durante la Edad Media, momento en el que se conforma su carácter comunal y su vocación ganadera. El propio nombre de *dehesa* deviene del vocablo latino *defensa*; con él se hace referencia a espacios protegidos y de uso restringido (Gutiérrez 1992), a menudo otorgado por las altas jerarquías políticas del momento. Hay quien retrotrae su origen al acotamiento catastral emanado de las leyes visigodas, el llamado *pratum defensum* (San Miguel 1994). De escaso significado, o conocimiento, durante el período islámico, el momento clave para la conformación de la dehesa es el desarrollo de la llamada Reconquista y su modo de urdir territorios.

La condición de frontera mutable entre musulmanes y cristianos connota a estos territorios de un carácter legendario y caballeresco. Hay que tener en cuenta que se trata de ámbitos arrebatados y organizados por las órdenes militares, ya de por sí congregaciones religiosas de carácter muy singular y de proyección épica no exenta de claroscuros. Santiago, El Temple, Alcántara y Calatrava son protagonistas de esta forma de consolidar fronteras y de reinención de territorios bajo modelos cristianos singulares e irrepetibles. Sus testigos se han convertido en una huella cultural fácilmente reconocible a partir de elementos materiales: fortalezas, castillos, murallas, ermitas, etcétera; pero aún más relevante en razón de los inmateriales: toponimia, leyendas bélicas, lealtades y traiciones, razias, organizaciones comunales, romerías, cantes, normas consuetudinarias, etcétera.

Entre todos los sistemas que se imponen a estos territorios, merece ser destacado la creación del Honrado Concejo de la Mesta en el siglo XIII. El intercambio de ganados, formas de pensamiento, conocimientos, entre otros elementos tangibles e intangibles, conformó un complejo itinerario cultural (actualmente en la Lista Indicativa española de bienes con méritos para ser reconocidos Patrimonio Mundial) que sirve como pasillo ecológico básico de interconexión entre los contrastados ecosistemas del norte y sur de la península. Los territorios de la dehesa cumplen a partir de esta época una doble función: se convierten en terrenos que atraviesan, al menos dos veces al año, los ganados de la Mesta en su movimiento de trashumancia. Se consolida así una densa red de vías pecuarias que atraviesan la península con una orientación predominante NNE-SSO y que se acompañan de todo un conjunto de espacios que les aportan los servicios necesarios en su traslación (descansaderos, bebederos, etcétera). Frente a este uso, se cercan las dehesas boyales que permiten el uso vecinal de pasto frente a los privilegios que poseían los ganados de la Mesta. Este uso comunal se abre paso aclarando el bosque, fundamentalmente de encinas y alcornoques, y estableciendo un sistema de aprovechamientos fundamental para la alimentación de los ganados durante determinados períodos.

Estos usos se mantienen durante la Edad Moderna y su vitalidad se aprecia a partir de las gran cantidad de ordenanzas de muy distinto carácter que regulan los aprovechamientos locales. Estas organizan los momentos de entrada y la forma en que se deben entender los vecinos para su uso.

Por otra parte, la condición de frontera norte-sur que había caracterizado la construcción de la dehesa durante la Edad Media no desaparece durante la moderna. Al contrario, y en este caso en dirección este-oeste, la dehesa se convierte en escenario de disputas territoriales con Portugal. Algunos de los sistemas defensivos se explican fundamentalmente por esta circunstancia; así sucede con la Banda Gallega, fortalezas seriadas que desde Aroche hasta Sevilla aseguraban la capital y buena parte de los espacios ambicionados por el país vecino. Este sistema tiene su momento culmen a principios de la Edad Moderna, aunque las disputas tuvieron aún un importante peso durante la Edad Contemporánea y generaron sucesos y episodios que aún persisten (si bien muy aminorados en las buenas relaciones entre los dos estados) como el caso de Olivenza, española desde la guerra de las Naranjas (1801). De nuevo, la herencia patrimonial y cultural de esta condición fronteriza es muy abundante: castillos de línea defensiva; poblaciones que han formado parte de Portugal durante algún período histórico; monumentos y referentes urbanos con impronta portuguesa; nombres de lugares y otros objetos; etcétera.

Otro hecho relevante acaecido durante la Edad Moderna, la conquista de la mayor parte de América y otros territorios, también posee notable influencia en la cultura de los territorios de la dehesa. Muestra de esto es la presentación actual que se hace de Extremadura en su conjunto como *cuna de conquistadores*; a lo que se añade una presencia material notable en pueblos y ciudades enriquecidos con plazas mayores (Llerena, Zafra, Cáceres), iglesias de torres renacentistas y barrocas que determinan aún los perfiles urbanos de la mayor parte de las poblaciones de la dehesa (Constantina, Jerez de los Caballeros); monasterios que se convierten en importantes e influyentes núcleos (Yuste, Guadalupe, cartuja de Cazalla); palacios nobiliarios; monumentos, etcétera.

El nuevo régimen: la apropiación burguesa de la dehesa

Del proceso desamortizador español, será la iniciativa de Madoz (1855) la que provocará más cambios en la dehesa. Con ella se privatizaron los montes comunales, con la excepción de los denominados de *utilidad pública* y de aquellos que no llegaron a venderse porque su escaso valor dejaba desiertas las subastas. Este cambio de titularidad significa un cambio profundo en la concepción de la dehesa que, de una forma de auto organización local, pasa a ser objeto de los intereses de una burguesía terrateniente, en la mayor parte de los casos residente en la Corte u otras grandes ciudades y que delegaba en terceros la explotación de sus terrenos (Silva Pérez 2010). En este nuevo contexto, la dehesa será desmontada de aquellos espacios mejor dotados para la explotación agrícola y más próximos a las ciudades, y en consecuencia a los mercados, recuérdese que durante esta época se establece el sistema ferroviarios español, que a su vez generará circunstancias y ventajas competitivas diferenciales en razón de su cercanía a las estaciones. Esta diferenciación y la relegación de la dehesa a espacios que, o bien no habían llegado a interesar a los terratenientes privados, o bien, si las habían adquirido, habían sido desestimadas como espacios aptos para la agricultura, provoca su percepción como áreas de suelos pobres, inadecuados y marginales. Se inicia así su descrédito interno y externo como sistema de producción agraria. A finales del siglo XIX estos paisajes se identificaban con la España lejana, seca y pobre.

Es precisamente lo apuntado en el apartado anterior lo que asimilará a los territorios de la dehesa con la imagen romántica que adquiere buena parte de España a ojos de propios y extraños.

De esto da fe la literatura decimonónica, para la que las dehesas son espacios poco poblados y, cuando lo son, sus habitantes son personas de escasos recursos, a menudo toscos, y no en pocas ocasiones directamente bandoleros. Hay una correlación directa y poco reconocida entre el autóctono pobre y el bandolero, también autóctono o refugiado en estos territorios, que ejerce de redistribuidor de la riqueza arrebatada a viajeros. El *Barquero de Cantillana*, el *Rey de Sierra Morena* o los *Siete Niños de Écija* son nombres que, partiendo de personajes reales, alimentan la leyenda tópica de bandoleros que actúan principalmente en los espacios de la dehesa, sobre todo en la andaluza. También se asienta en estos territorios la mirada costumbrista, sobre todo aquella ligada al mundo de la tauromaquia, que es del gusto de muchos escritores de la época y posteriores. Entre otras obras, pueden destacarse: *Vargas, novela española*, que se atribuye a Blanco White o *El hereje* de Miguel Delibes.

Por su parte, la dehesa también atrae la mirada de pintores y artistas plásticos. Pueden citarse algunos como Gustavo Doré, Pérez Villaamil, Rafael Romero Barros o Sánchez Perrier (Ojeda Rivera 2005). Pero, tanto en la mirada romántica como en la costumbrista, la dehesa se transforma en un personaje o fondo escénico de carácter estático, anticuado y conservador de ideales antiguos y trasnochados. Se condiciona así un reconocimiento social negativo, sin miradas que legitimasen los valores sociales y económicos de la dehesa.

Modernización y cambio de aprecio de la dehesa en la segunda mitad del siglo XX

Las características intrínsecas de la dehesa y el sistema socioeconómico al que da lugar entran en crisis en los años centrales del siglo XX. La falta de expectativas y su inadecuación al nuevo paradigma del *desarrollismo* provocan una sangría humana que ha abocó a muchas de sus poblaciones, no solo a la regresión demográfica, sino a situaciones de no retorno por su acusado envejecimiento. Además, allí donde se mecanizaron las actividades agrarias y se produjo una modernización empresarial, la demanda de mano de obra disminuyó acentuando el proceso emigratorio hacia destinos con mejores expectativas laborales.

La pérdida de población no solo significa el abandono de actividades agrarias y la caída del pulso económico, también debe ser valorada por la desaparición de prácticas culturales que enriquecían estos pagos.

Figura 4. Dehesa en proceso de matorralización de Jerez de los Caballeros (Badajoz) Fuente: Los autores.



El resultado es pues muy negativo y abarca desde el abandono y degradación de la dehesa, a la desaparición de la forma de sentir y entender este espacio durante siglos. A ello ha de sumarse el olvido y desinterés de instituciones y organizaciones atañidas por las ganaderías extensivas, mucho menos valoradas en aquellos momentos. Al contrario, durante estos años se apoyan las ganaderías intensivas, producto de una fuerte especialización a partir de ganado importado, al tiempo que menguan casi hasta la extinción las razas autóctonas.

La intensificación ganadera posee un impacto directo en el paisaje, y no solo por las nuevas especies que pastan en él, sino porque muchas construcciones propias de la arquitectura vernácula dejan de ser funcionales y en no pocas ocasiones desaparecen o son objeto de la desatención y ruina (muros de piedra, fuentes y abrevaderos, cortijos y dependencias aisladas, chozos, etcétera). Y lo mismo podría decirse del empobrecimiento funcional de estas áreas, que lleva al traste el sistema industrial de perfil modesto pero sin duda importante para conocer la sabiduría tradicional de estos territorios. Particularmente notable es el ligado a la cultura del agua (batanes, martinetes, pequeñas centrales hidroeléctricas, etcétera; ver Figura. 5). La desidia que experimentan todas las infraestructuras e instalaciones descritas contrasta con la aparición de elementos extraños en la dehesa y que alteran, a veces puntualmente, a veces en grandes extensiones, su paisaje. Es el caso de las vallas cinegéticas, que compartimentan el escenario con materiales banales que rompen el espíritu de lugar de la dehesa y su condición de *locus amoenus*; pero también es grave el impacto de naves con cubiertas de fibrocemento, de silos y otras instalaciones de hormigón, de torretas de energía eléctrica sin ninguna vocación de integración paisajística, etcétera. De todo ello se deriva una gran homogeneidad y vulgarización del paisaje, una pérdida patrimonial visible e invisible y un ahondamiento en la percepción negativa de la dehesa, asimilada al espacio de la inequidad, la injusticia, el atraso y la pobreza económica y de espíritu. Estas cuestiones negativas se reflejan en obras como *Los santos inocentes* de Miguel Delibes o en la película *Entre lobos*, de Gerardo Olivares.

Figura 5. Sistemas de dominio hidráulico en proceso de abandono en el río Ladrillar (Cáceres)
Fuente: Los autores.



El período más reciente

La marginalidad de la dehesa se ha convertido, finalmente, en una paradójica ventaja. Su carácter refractario a las exigencias desarrollistas le han permitido mantener recursos y valores que hoy vuelven a ser objeto de demanda social: valor de autenticidad, producción de calidad, paisaje atractivo, abundantes bienes culturales. Se puede hablar de una patrimonialización postmoderna de la dehesa que se apoya en pretendidos valores naturalísticos, obviando a menudo que se trata de un territorio intensamente humanizado, y en un nuevo aprecio de sus productos tradicionales. No obstante, se mantienen en el olvido no pocos de sus recursos patrimoniales (oficios y arquitecturas tradicionales, saberes, etcétera). Incluso la función ganadera sigue subestimada a pesar de la calidad y etiqueta que poseen algunos de sus productos, como los jamones ibéricos.

Hay pues un cambio de percepción, pero este no es equilibrado ni justo, ni considera la correcta gestión y mantenimiento de los valores de la dehesa. La complejidad de este territorio no es bien entendida por la multitud de políticas que intervienen de forma descoordinada sobre él (agricultura, medio ambiente, cultura, desarrollo territorial, etcétera). Por eso, las instituciones ambientales proponen normas incompatibles con las prácticas ganaderas tradicionales; las políticas agrarias, orientadas por las directrices europeas, descomponen los elementos que estructuran la dehesa sin atenciones comunes; cultura posee un interés mucho mayor por el patrimonio material que por el intangible, etcétera.

El paisaje de la dehesa, digno de formar parte de los paisajes culturales de Unesco (Portugal está trabajando en esta línea respecto al montado: la contraparte lusa de la dehesa española), debe ser objeto de miradas que recuperen la gestión de su complejidad; solo así se podrá asegurar el mantenimiento de sus valores paisajísticos y culturales. Es preciso canalizar las demandas que se crean en torno a sus paisajes de forma que no solo atiendan a los requerimientos de los habitantes de las ciudades y territorios exógenos, sino que sirvan para empoderar a sus actuales habitantes como auténticos creadores y responsables de sus valores. Estos, además, no son incompatibles con la innovación y la generación de un nuevo modelo de desarrollo que vuelva de nuevo atractivos estos territorios y no como segunda residencia, sino como lugar en el que vivir y en el que alcanzar también elevadas cotas de nivel vida.

Bibliografía

Gutiérrez, M., 1992. *El libro de las dehesas salmantinas*. Salamanca: Consejería de Medio Ambiente, Junta de Castilla y León.

Ojeda Rivera, J.F., 2005. Percepciones identitarias y creativas de los paisajes mariánicos. *Scripta Nova*. IX, 187, disponible en: <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-187.htm> [consultado el 2 de febrero de 2015]

San Miguel Ayanz, A., 1994. *La dehesa española. Origen, tipología, características y gestión*. Madrid: Fundación Conde del Valle de Salazar.

Silva Pérez, R., 2010. La dehesa vista como paisaje cultural. Fisonomías, funcionalidades y dinámicas históricas. *Ería*, 82, pp. 143-157.